

The illustration features a central figure, a dwarf with a beard and a large, ornate hat, holding a sword and a mace. He is surrounded by other characters, including a woman with red hair and a pointed ear, and a large, glowing eye in the background. The scene is set in a dark, atmospheric environment with a large, glowing eye in the background.

WARHAMMER
AGE OF SIGMAR

✦ Callis & Toll ✦

El Fragmento de Plata

NICK HORTH

minotauro



—✦ Callis & Toll ✦—

El Fragmento de Plata

NICK HORTH

minotauro

Título: *Callis & Toll: El Fragmento de Plata*

Versión original inglesa publicada por Black Library.

Callis & Toll: The Silver Shard © Copyright Games Workshop Limited 2023.

Callis & Toll: The Silver Shard, Callis & Toll: El Fragmento de Plata, GW, Games Workshop, Black Library, Warhammer, Warhammer Age of Sigmar, Stormcast Eternals, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo * o ™, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.

Todos los derechos reservados.

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Título original: *Callis & Toll: The Silver Shard*
Ilustración de la cubierta: Even Mehl Amundsen

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

© 2023 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Simon Saito Navarro

ISBN: 978-84-450-1233-8
Depósito legal: B. 16.093-2022
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Capítulo uno

Los rayos del sol titilaban en las hojas violáceas y en los troncos cristalinos de los árboles y bañaban con un resplandor del color de la amatista el suelo de la selva. Shev Arclis se arrodilló, tendió una mano y dejó que la luz jugara en sus dedos. En torno a ella la vida resonaba con una cacofonía de chillidos, crujidos y aullidos. Hizo un gesto con la mano para ahuyentar las criaturas, cuyos cuerpos iridiscentes cambiaron el color azul por un rojo brillante mientras se escabullían entre los árboles.

Lo cierto era que las selvas de la Costa de la Garra serían un bonito lugar si no estuvieran tan empeñadas en matarla. Shev echó la mano a la espalda y desenganchó una cantimplora del cinturón. La notó preocupantemente ligera en las manos. El viaje se había alargado más de lo esperado y el calor sofocante no había estado de su lado. Dejó caer unas gotas de la valiosa agua en la lengua.

Detrás de ella sonaron los pasos de unos pies que se arrastraban por el suelo y un conocido hedor a sudor rancio y a humo

de gunji llegó flotando a través de los árboles. Shev suspiró y se dio la vuelta. Era él, por supuesto, su sombra, que frunció el ceño con recelo y entornó los pequeños y brillantes ojos legañosos mientras jadeaba como un perro extenuado por el calor, dejando a la vista una hilera de dientes ennegrecidos.

—¿Qué intentas, aelfa? —dijo con los dientes apretados—. Me da a mí que te quieres escapar.

—¿Y adónde huiría exactamente, cretino? —replicó ella—. Por si acaso no te has dado cuenta, Howle, entre nosotros y la más pequeña muestra de civilización hay varios cientos de leguas de selva mortífera.

Howle entrecerró aún más los ojos y, como por arte de magia, en una de sus manos apareció una daga con el filo de sierra y en la otra un garfio. Apenas si era capaz de contener su ira y le temblaba todo el cuerpo.

—Como vuelvas a hablarme así te rajaré el otro lado de la cara —espetó—. No serás ni la mitad de guapa cuando acabe contigo.

Shev se levantó lentamente y deslizó la mano hacia el cinturón y la daga guardada allí. Sonrió, colmada por una ira gélida, y sintió la acostumbrada tirantez en el lado izquierdo de la mandíbula, donde una telaraña de cicatrices se fundía con su labio superior. Ya estaba harta de las burlas de Howle, sus amenazas y sus miradas de odio. No sabía por qué exactamente el viejo bruto la tenía tomada con ella, pero se le estaba agotando la paciencia.

—No me das miedo, Howle —contestó—. Así que, ¿por qué no...?

—Basta —la interrumpió una voz, suave y comedida. El tono no era amenazante, pero Shev y Howle retrocedieron.

El Señor Dorado entró en el claro. A pesar del calor, iba cubierto con una gruesa túnica negra encima de una prenda de cuero, de manera que no dejaba a la vista un solo centímetro de piel.

La figura se apoyó en su bastón de hierro negro y los miró desde su impasible máscara funeraria. Shev sintió por enésima vez un escalofrío de desasosiego en la espalda.

—Estamos cerca —declaró el Señor Dorado—. Os pido que estéis atentos y alerta, no que os lancéis al cuello del otro con vuestras dagas. La ciudad de Quatzhymos nos espera. Madame Arclis, por favor, ve delante. Howle, enfunda la daga.

El hombre nunca había alzado la voz en presencia de Shev, jamás había amenazado ni golpeado a nadie. Aun así, una escoria como Howle, un matón que se había pasado la vida asesinando por dinero o diversión, obedeció la orden sin rechistar. Eso la inquietaba más que cualquier pose pomposa o repentino estallido de violencia.

Aparecieron otras figuras desde los árboles de cristal. Eran los secuaces de Shev: ladrones, fugitivos y asesinos. Iban vestidos con una variopinta colección de pellejos, pieles y piezas metálicas, y estaban rebozados de sudor y mugre. El viaje desde Maggerhorne había sido largo y duro, y solo quedaba una cincuenta de ejemplares, los más duros de la banda del Señor Dorado. Se contaban entre los hombres y las mujeres más repugnantes que Shev había tenido la mala suerte de conocer, y teniendo en cuenta su oficio, eso era todo un hito. Por enésima vez dudó que hubiera sido acertada la decisión de aceptar participar en aquella misión antes de adentrarse en las selvas.

«Piensa en la recompensa», se recordó. Quatzhymos, la antigua ciudad biblioteca, lugar del reposo final de Occlesius el Paseante de los Reinos. Estaba allí, en algún lugar de ese valle, y nunca lo habría encontrado sin los conocimientos del Señor Dorado. No sabía cómo había llegado a su poder el montón de tomos polvorientos y mapas amarilleados, pues eran reliquias de una era pasada. Al juntar esos tesoros de valor incalculable con lo que había descubierto ella con sus propias investigaciones (durante toda una vida consagrada a la exploración de ruinas y

tumbas abandonadas a lo largo y a lo ancho de la Costa Rota, al estudio, la excavación y el análisis), habían reconstruido el rompecabezas: la verdadera ubicación de la tumba del Paseante de los Reinos.

No había sido sencillo. Estas tierras habían cambiado mucho, incluso en los últimos siglos. Era lo normal a lo largo de la Costa de la Garra, muy al norte de Excelsis, fuera del círculo de influencia de la gran ciudad. Las cadenas montañosas surgían del suelo como grandes colmillos, desgarrando la superficie cubierta de vegetación, y luego la sepultaban bajo su masa de roca. Los embravecidos mares roían la costa y abrían nuevos afluentes y cabeceras de ríos. Este reino se devoraba a sí mismo como un depredador y se transformaba hasta la saciedad, así que los mapas quedaban irremediabilmente obsoletos al cabo de un par de décadas.

No obstante, había cosas que sobrevivían. Como ese valle escondido, rodeado de barrancos escabrosos y aislado del mundo. Quatzhymos, donde grandes eruditos llegados de todos los rincones de los Reinos Mortales se habían reunido para almacenar y difundir su conocimiento entre sus pares; donde estaba enterrado el cuerpo de Occlesius, el más prestigioso pensador, científico e inventor de su época.

El paso de Shev se aceleraba a medida que fantaseaba con los secretos que la esperaban, los nuevos misterios que inevitablemente surgirían de sus descubrimientos.

—Te pido disculpas por la calidad de la servidumbre en la que tengo que confiar—dijo una voz a su lado. Era el señor con la máscara de oro—. En estos tiempos escasean las almas dignas de confianza, así que debemos... transigir.

Shev negó con la cabeza.

—Es evidente que eres un hombre cultivado, ¿cómo has acabado trabajando con esta escoria?

Sonó un jadeo apagado. Shev lanzó una mirada al hombre y se dio cuenta de que era su risa, áspera y dolorosa.

—Me hago esa misma pregunta todos los días —dijo—. La verdad es que no vivimos en una época de ilustración, Madame Arclis. Son muy pocas las personas como nosotros, que razonan y reflexionan. ¿Asesinos? De esos hay en abundancia. Vivimos tiempos de guerra y derramamiento de sangre. En tiempos así debemos ser realistas.

El Señor Dorado le puso una mano en el brazo y Shev sintió el metal helado en la piel. Estaban tan cerca que podía oler los aceites aromáticos y un ligero olor de humo, como si alguien hubiera removido las ascuas de un fuego apagado. Shev lanzó una mirada fugaz a las negras rendijas para los ojos de la máscara y no pudo reprimir un escalofrío cuando vio un par de ojos fríos e implacables mirándola. Nunca se había atrevido a preguntar al Señor Dorado por qué no mostraba el rostro. Suponía que, como el suyo, estaba plagado de las cicatrices de una vida dura. Aun así, ella nunca había sentido el deseo de esconder al mundo su cara desfigurada.

—Esos brutos cobrarán su oro y regresarán a sus crueles vidas de derrochadores un poco más ricos —susurró el Señor Dorado—. Tú y yo descubriremos las verdades que están escondidas en este lugar, y luego partiremos en busca de las respuestas del siguiente misterio. Así es como cambiamos el mundo.